

Chase

· Marzo de 1823, Leighton Castle, Basildon, Essex ·

Te amo.
Dos extrañas y sencillas palabras que poseían un increíble poder.

No era que lady Georgiana Pearson —hija de un duque y hermana de otro, con un elevado sentido del honor, y del deber y futuro objeto de una presentación impecable, dueña de un pedigrí incomparable envidiado por toda la sociedad— no las hubiera escuchado a lo largo de su vida. Era que los miembros de la aristocracia no amaban.

Y si lo hacían, no recurrían a algo tan vulgar como confesarlo.

Así que fue toda una sorpresa, hablando claro, que aquellas palabras salieran de sus labios con tanta facilidad y veracidad. Pero a lo largo de sus dieciséis años de vida Georgiana jamás había pensado que sentiría tanto placer al deshacerse de los grilletes que acompañaban su nombre, su pasado y su familia. A decir verdad, abrazó con rapidez el riesgo y la recompensa, encantada de sentir por fin. De vivir. De ser ella misma.

Correr ese riesgo era en sí mismo una condena, a fin de cuentas se trataba de amor.

Pero se sentía libre.

Estaba segura de que no podía existir un momento tan hermoso como ese; estar entre los brazos del hombre que amaba, con el que iba a pasar toda la vida. Todavía más, con el que construiría su futuro abandonando en el camino su nombre, su familia y su reputación.

Jonathan la protegería. Él se lo había dicho mientras la resguardaba del frío viento de marzo y también estaba protegiéndola allí, en los establos de la propiedad familiar.

Jonathan la amaría. Había susurrado las palabras mientras sus manos desabrochaban, desnudaban y prometían todo con su suave contacto.

Y ella le había respondido, ofreciéndose por completo.

«Jonathan». Ella suspiró su placer al aire, acurrucada contra él, amortiguada por músculos fibrosos y áspera paja, y cubierta por una cálida manta de caballos que debería resultar áspera e incómoda pero que de alguna manera se había vuelto suave, sin duda por los placeres que acababa de presenciar.

Amor. Algo más propio de sonetos, madrigales, cuentos de hadas y novelas.

Amor. Una emoción difícil de disfrutar que hacía que los hombres lloraran, cantaran y sufrieran por el deseo y la pasión.

Amor. Aquel sentimiento que alteraba la vida y la volvía brillante, cálida y maravillosa. La emoción que todos estaban desesperados por descubrir.

Y ella la había encontrado. Allí. Ese gélido invierno, en el abrazo de ese magnífico muchacho. No, muchacho no, hombre. Era un hombre igual que ella era una mujer, se había convertido en una entre sus brazos, contra su cuerpo.

Uno de los caballos del establo relinchó con suavidad y pateó el suelo de su box, resoplando por comida, agua o cariño.

Jonathan se movió debajo de ella, que se aferró a él al tiempo que tiraba de la manta para recolocarla a su alrededor.

—Todavía no.

—Debo marcharme. Tengo obligaciones.

—Pero yo te necesito —repuso ella, intentando camelarlo.

Él le puso la mano en el hombro desnudo, cálida y áspera contra su piel suave, y la hizo estremecer. Era raro que alguien la tocara —hija de un duque y hermana de otro—. Era inocente. Prístina. Intocable.

Hasta ese momento. Sonrió al pensarlo. A su madre le daría un ataque de nervios al enterarse de que su hija no tenía intención de presentarse en sociedad. Y cuando lo supiera su hermano —el duque del desdén—, el más aristócrata de los aristócratas de Londres... no lo aprobaría.

Pero a Georgiana no le importaba. Sería la señora Tavish, ni siquiera conservaría el «lady» al que tenía derecho. No lo quería. Solo quería a Jonathan.

No le importaba que su hermano fuera a hacer todo lo posible para detenerla. No podría conseguirlo.

Ese caballo hacía mucho tiempo que había dejado las cuerdas, como decía el refrán. Pero Georgiana todavía estaba en el pajar.

Se rio ante la idea, mareada por el amor y el riesgo que corría; las dos caras de una misma moneda que resultaba muy gratificante.

Jonathan se movió debajo de ella y se deslizó fuera del cálido capullo que habían formado sus cuerpos, haciendo que el frío aire del invierno le erizara la piel desnuda.

—Debes vestirte —dijo él, cogiendo sus pantalones—. Como nos pille alguien...

No era necesario que terminara la frase, llevaba semanas diciéndola; la primera vez que se besaron y todos los momentos que robaron después. Si alguien los pillaba, lo azotarían o algo mucho peor. Y ella quedaría arruinada.

Pero en ese momento, después de lo que acababa de ocurrir, después de yacer desnudos en el áspero heno del invierno, de dejar que la explorara, tocara y acariciara con sus manos, callosas por trabajar la piedra, ya estaba arruinada. Y no le importaba. No le importaba nada.

Huirían... debían huir para poder casarse. Irían a Escocia. Comenzarían una nueva vida; ella tenía dinero de sobra.

No le importaba que él no tuviera nada.

Se amaban y con eso era suficiente.

Ser un miembro de la aristocracia no era algo que se pudiera envidiar; más bien era digno de lástima. Si no se tenía amor, ¿para qué vivir?

Suspiró y miró a Jonathan durante un buen rato, maravillada por la elegancia con la que se puso la camisa y la metió en la cinturilla del pantalón, por la forma en que tiró de las botas para subirlas como si lo hubiera hecho mil veces en este espacio tan bajo. Lo vio anudarse la corbata al cuello y meter los brazos en las mangas de la chaqueta antes de ponerse el abrigo. Sus movimientos eran suaves y precisos.

Cuando terminó, Jonathan se volvió hacia la escalera que

conducía a los establos de la planta baja, musculoso y de huesos largos.

Ella subió la manta intentando hacer desaparecer la sensación de frío que dejaba su marcha.

—Jonathan —lo llamó con suavidad, sin querer que la oyera nadie.

Él la miró y ella vio algo en sus ojos azules; algo que no identificó al momento.

—¿Qué?

Georgiana sonrió, tímida de repente. Lo que debía ser imposible teniendo en cuenta lo que acababa de hacer. Lo que acababa de ver.

—Te amo —repitió una vez más, maravillada por cómo las palabras salían de sus labios, por la forma en que la envolvía el sonido, veraz, hermoso y bondadoso.

Él vaciló en la parte superior de la escalera, colgando sobre los escalones con tan poco esfuerzo que casi parecía flotar en el aire. Jonathan no dijo nada durante un rato; el tiempo suficiente como para que ella sintiera el frío de marzo en los huesos. El tiempo suficiente como para que un atisbo de inquietud la atravesara.

Por fin, él esbozó aquella sonrisa radiante y descarada que tanto la había atraído desde el principio. Todos los días durante un año entero, o quizá más tiempo. Hasta aquella tarde cuando la tentó por fin, hasta que la besó por fin sin vacilación. Hasta que le prometió la luna y tomó todo lo que ella podía ofrecer.

Pero no lo había tomado.

Había sido ella la que se lo entregó. Libremente.

Después de todo, lo amaba. Y él la amaba.

Se lo había dicho. Quizá no lo hubiera hecho con palabras, pero sí con caricias.

«¿No lo había hecho?».

La duda la atravesó junto con otra emoción desconocida. Algo que lady Georgiana Pearson —hija de un duque y hermana de otro— no había sentido antes.

«Dilo —deseó—. Dímelo».

—Eres una chica muy dulce —dijo él después de un intermi-
nable momento.

Y se perdió de vista.

CAPÍTULO 1

Diez años después, Worthington House, Londres

Cuando revisó los acontecimientos ocurridos en su vigésimo séptimo año de vida, Georgiana Pearson estuvo segura de que la culpable de todo fue la caricatura.

Sí, aquel maldito dibujo.

Si hubiera aparecido en *El folleto de los escándalos* el año anterior, cinco años antes o media docena de años después no le hubiera importado. Pero había sido publicado en la revista de cotilleos más famosa de Londres justo el quince de marzo.

Lo que le hacía recordar por qué había que protegerse de los Idus famosos.

Por supuesto, la caricatura fue producto de otra fecha comprometida. Dos meses antes, el quince de enero, el día en que Georgiana, la completamente arruinada, escándalo en ciernes, madre soltera hermana del duque de Leighton, decidió tomar las riendas de su vida y volver a alternar en sociedad.

Y allí estaba, en un rincón del salón de baile de Worthington House, en el momento cumbre de su regreso a la vida social, muy consciente de que todos los ojos de Londres la miraban.

La juzgaban.

No era el primer baile al que asistía desde que se vio arruinada, pero sí el primero en el que la vio todo el mundo; el primero en el que no llevaba una máscara, ya fuera de tela o pintura. El primero en el que fue Georgiana Pearson, un diamante en bruto, pulverizado por un escándalo.

Y la primera vez que estuvo presente mientras era humillada públicamente.

Para ser clara, a Georgiana no le importaba estar arruinada. De hecho, defendía a capa y espada ese estado por un sinnúmero de razones. La no menos importante de las cuales era que una vez arruinada, ya nadie espera que una dama se comporte de manera adecuada.

Lady Georgiana Pearson —aunque no reclamaba ese título

y apenas lo merecía— estaba encantada de haber sido deshonrada y llevaba muchos años estándolo. Después de todo, eso la había hecho rica y poderosa, la había convertido en propietaria de El Ángel Caído, el más escandaloso y popular club de juego de Londres, y la persona más temida de Gran Bretaña como Chase, el famoso «caballero» misterioso que fingía ser.

No importaba nada que fuera, de hecho, una mujer.

Así que sí, Georgiana pensaba que el cielo le había sonreído aquel día, una década atrás, en el que se forjó su destino. Verse apartada de la sociedad —para bien o para mal— había significado que, a su vez, eliminaron la necesidad de sufrir la presencia de ejércitos de damas de compañía y conversaciones insustanciales regadas con limonada tibia. Ya no se vio obligada a mostrar interés por la Santa Trinidad de los temas que preocupaban a las mujeres de la aristocracia: chismes sin sentido, moda y solteros elegibles.

Los chismes le interesaban más bien poco, ya que rara vez eran ciertos y jamás contenían toda la verdad. Prefería enterarse de secretos; los que ofrecían los hombres poderosos y que eran auténticos escándalos en el mundo de los negocios.

Tampoco sentía gran inclinación por la moda. Las faldas se consideraban a menudo una señal de debilidad femenina, que relegaba a las damas a hacer poco más que alisarlas y a las hembras menos refinadas a poco más que levantarlas. Cuando pisaba el club de juego, se escondía detrás de sedas de brillantes colores propias de las prostitutas más hábiles de Londres, pero en los demás lugares prefería la libertad que otorgaban los pantalones.

Y no tenía interés por los solteros elegibles. Le daba igual que fueran guapos, inteligentes o con título si no poseían dinero que perder en el club. Durante años se había reído de los caballeros que eran considerados blancos en el mercado matrimonial por las mujeres; sus nombres aparecían en el libro de apuestas de El Ángel Caído y se especulaba sobre quiénes serían sus futuras esposas, cuándo se celebrarían sus bodas o en qué momento nacerían sus herederos. Desde la sala privada de los propietarios del club había visto cómo los más va-

riados solteros de la ciudad —cada uno más guapo, rico y bien educado que el anterior— eran pescados, inmovilizados con grilletes y desposados.

Agradecía al creador no haberse visto obligada a pasar por esa farsa idiota, forzada a coquetear, obligada a casarse.

No, Georgiana se vio arruinada a la tierna edad de dieciséis años y llevaba una década siendo el ejemplo con el que advertían de los peligros a las incomparables de la sociedad. Aprendió temprano una gran lección sobre los hombres y, afortunadamente, escapó de la situación sin ninguna expectativa de pasar por la soga del párroco.

Hasta ese momento.

Los presentes se habían apresurado a susurrar, a ocultar sonrisas y risitas. Paseaban la mirada por ella fingiendo no verla —incluso los que se sentaban más cerca— mientras la maldecían por su pasado. Por su presencia. Y, sin duda, por su descaro. Por haberse atrevido a mancillar su purísimo mundo con un escándalo.

Esos ojos la juzgaban y, si pudieran, la matarían. Sabían por qué estaba allí y la despreciaban por ello. ¡Dios! Era una tortura.

Todo empezó con el vestido. El corsé la estaba matando poco a poco. Las capas de enaguas restringían todos sus movimientos. Si se viera obligada a huir, sin duda se tropezaría con ellas, caería de narices al suelo y sería tragada por una horda de cacareos de damas de la aristocracia envueltas en encajes.

La imagen ocupó su mente de manera inesperada y casi sonrió. Casi. La posibilidad de que ocurriera tal cosa hizo que esa expresión estuviera a punto de hacer acto de presencia.

Nunca había sentido tanta inquietud en su vida, pero no le daría el placer de jugar a ser su presa. Se concentraría en la tarea que le ocupaba.

Un marido.

Su objetivo era lord Fitzwilliam Langley —un hombre honorable, con título, necesitado de fondos y de protección—. Un hombre que apenas tenía secretos que guardar, solo uno. Uno que si alguna vez llegaba a descubrirse no solo lo arruinaría, sino que le enviaría a la cárcel.

El marido perfecto para una dama que necesitaba la parafernalia que envolvía el matrimonio pero no el vínculo en sí.

Ojalá apareciera de una vez aquel maldito hombre...

—Una mujer sabia me dijo en una ocasión que los cobardes se ocultan en los rincones de las habitaciones.

Georgiana contuvo el impulso de gemir mientras se negaba a volverse hacia la familiar voz del duque de Lamont.

—Pensaba que no te importaba la sociedad —repuso ella.

—No digas tonterías. Me gusta lo suficiente e incluso si no fuera así, no me habría perdido el primer baile de lady Georgiana. —Ella frunció el ceño—. Cuidado con tu expresión, o el resto de Londres se preguntará por qué despides a un duque.

El duque en cuestión, conocido por muchos como Temple, era su socio, copropietario de El Ángel Caído, y sumamente irritante cuando le daba por ahí. Por fin, se volvió hacia él con una brillante sonrisa.

—¿Has venido a regodearte?

—Creo que querías terminar esa pregunta con un «Su Excelencia» —la provocó él.

Ella entrecerró los ojos.

—Te aseguro que no.

—Si pretendes acabar con un aristócrata, deberías practicar el uso de los títulos.

—Prefiero practicar mis habilidades en otras áreas. —Comenzaban a dolerle las mejillas por mantener la expresión.

Él arqueó las cejas oscuras.

—¿Cómo por ejemplo?

—Vengarme de aristócratas arrogantes que se complacen con mi sufrimiento.

Él asintió muy serio.

—No es una habilidad precisamente femenina.

—En el tema de la feminidad estoy un poco desentrenada.

—Claro... —Temple esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes blancos y ella tuvo que resistir el impulso de borrarla del rostro. Murmuró una maldición por lo bajo y él se rio—. Eso tampoco es demasiado femenino.

—Cuando regresemos al club...

Él la interrumpió.

—Te aseguro que tu transformación es notable. Me ha costado reconocerte.

—Esa era la idea.

—¿Cómo lo has hecho?

—Usando menos maquillaje. —El personaje con el que Georgiana se mostraba más en público era Anna, la *madame* de El Ángel Caído. Anna abusaba del maquillaje, las pelucas extravagantes y mostraba amplios escotes—. Los hombres solo ven lo que quieren ver.

—Mmm... —repuso él, poco de acuerdo con sus palabras—. ¿Qué demonios te has puesto?

A ella le hormiguearon los dedos por la necesidad de alisarse las faldas.

—Un vestido.

Un vestido blanco y virginal, diseñado para una chica mucho más inocente que ella. Mucho menos escandalosa. Como era ella antes de que tomara las riendas de su vida.

—Te he visto con vestidos. Esto es... —Temple hizo una pausa para observarla de pies a cabeza y contuvo una risa—. Es totalmente diferente a cualquier otro vestido que te hayas puesto. —Se mantuvo en silencio un rato para estudiarla a fondo—. Llevas un matojo de plumas en la cabeza.

Georgiana apretó los dientes.

—Me han asegurado que es la última moda.

—Estás ridícula.

Como si ella no lo supiera. Como si no se sintiera así.

—Tu encanto no conoce límites.

Él sonrió.

—No me gustaría que te mostraras demasiado complacida contigo misma.

No existía ninguna posibilidad de que se sintiera así en ese lugar, rodeada por el enemigo.

—¿No tienes que entretener a tu esposa?

Él entrecerró los ojos oscuros antes de buscar con la vista una cabeza con brillante cabello castaño rojizo en el centro del salón de baile.

—Tu hermano está bailando con ella. Dado que está protegiéndola con su reputación, he pensado que podría hacer lo mismo con su hermana.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Con tu reputación?

Unos meses atrás, Temple era conocido como el duque asesino, y todo el mundo estaba convencido de que había matado a su futura madrastra el día antes de la boda en un arrebato de pasión. La sociedad le había dado la bienvenida al redil cuando demostró que la acusación era falsa, y él se casó con la mujer que todo el mundo pensaba que había asesinado; un escándalo de los que hacían época, aunque él seguía siendo tan escandaloso como podía ser un duque que se había pasado años en las calles y luego en el *ring* de El Ángel Caído, donde luchaba como boxeador con los puños desnudos.

Temple tenía título de duque, pero su reputación estaba bastante empañada... al contrario que la de su hermano. Simon había sido educado para ese mundo; que bailara con la duquesa de Lamont ayudaría a la restauración de su nombre y, de paso, del ducado de Temple.

—Tu reputación puede resultarme más dañina que beneficiosa.

—Tonterías. Los duques le gustan a todo el mundo. No somos demasiados, así que no tienen elección. —Él sonrió y le ofreció una mano—. ¿Te apetece bailar, lady Georgiana?

Ella se quedó paralizada.

—Bromeas...

La sonrisa se extendió de oreja a oreja y los ojos negros de Temple brillaron de diversión.

—No se me ocurriría bromear sobre tu redención.

Georgiana entrecerró los ojos.

—Sabes que tengo maneras de tomar represalias.

Él se inclinó.

—Las mujeres como tú no rechazan a un duque, Anna.

—No me llames así.

—¿Mujer?

Ella le dio una palmada a su mano, irritada.

—Debí dejarte morir en el *ring*.

Durante años, Temple había sido una de las atracciones de El Ángel Caído. Todo aquel que estuviera en deuda con el club tenía una manera de recuperar su fortuna: superar al invencible Temple en el *ring*. Una lesión y su esposa le habían apartado del boxeo.

—No lo dices en serio. —Temple tiró de ella hacia la luz—. Sonríe.

Ella lo hizo, pero se sintió imbécil.

—Lo digo de verdad.

Él la tomó entre sus brazos.

—No es cierto, pero como te aterroriza este mundo y lo que vas a hacer, no voy a presionarte sobre el tema.

—No estoy aterrada —repuso ella con rigidez.

Temple la acalló con la mirada.

—Claro que lo estás. ¿Crees que no lo entiendo? ¿Que no lo entiende Bourne? ¿O Cross? —agregó, refiriéndose a sus otros dos socios en el club de juego—. Todos hemos tenido que arrastrarnos fuera de la suciedad y regresar a la luz. Todos hemos tenido que luchar para que vuelvan a aceptarnos en este mundo.

—Para los hombres es diferente. —Las palabras salieron de su boca antes de poder detenerlas. Al ver la expresión de sorpresa en la cara de Temple, supo que ella había aceptado su premisa—. Maldito seas.

Él bajó la voz.

—Vas a tener que controlar tu lengua si quieres que crean que eres más que un trágico escándalo.

—Lo estaba haciendo muy bien antes de que aparecieras.

—Te estabas escondiendo en un rincón.

—No me escondía.

—Entonces, ¿qué hacías?

—Esperaba.

—¿A que se acercaran a mostrarte una disculpa formal? —se regodeó él.

—Más bien a que los fulminara la peste —gruñó ella.

Temple se rio entre dientes.

—Ojalá bastara con desearlo... —La hizo girar por la pista y las velas encendidas por toda la estancia dejaron un rastro de luz en su campo de visión—. Ha llegado Langley.

El vizconde había llegado cinco minutos antes. Ella lo supo al momento.

—Lo vi entrar.

—No esperes un matrimonio de verdad con él —aseguró Temple.

—No lo espero.

—Entonces, ¿por qué no aspiras a algo mejor?

Georgiana miró al apuesto hombre en el otro lado del salón y parpadeó. Al que había elegido como consorte.

—¿Crees que el chantaje es la mejor manera de pescar marido?

Él sonrió.

—A mí me chantajearon para encontrar esposa.

—Sí, ya, pero la mayoría de los hombres no son tan masoquistas, Temple. Llevas tiempo diciendo que debería casarme. Lo mismo que Bourne o Cross —añadió, mencionando a sus socios—. Por no hablar de mi hermano.

—Ah, sí, he oído que el duque de Leighton ha ofrecido una dote tan grande al que se case contigo que es notable que soportes el peso de tal fortuna. Pero ¿y el amor?

—¿El amor? —Le resultó difícil pronunciar la palabra sin desdén.

—Sin duda has oído mencionar el concepto. ¿No te suenan los sonetos y poemas sobre finales felices para siempre?

—Sí, he oído hablar sobre ello —repuso ella—. Pero estábamos hablando sobre matrimonio, lo que es más o menos conveniente, pagos de deudas y esas cosas, no creo que sea necesario incluir el amor en el tema —añadió—: Y, además, es una idiotez.

Temple la miró durante un buen rato.

—Entonces estás rodeada de tontos.

Ella le lanzó una mirada cortante.

—De todos vosotros. Brutos irrazonables. Y mira lo que ha ocurrido por eso.

Él arqueó las cejas oscuras.

—¿Qué? ¿Matrimonio? ¿Hijos? ¿Felicidad?

Georgiana suspiró. Habían sostenido esa conversación cientos de veces. Miles. Sus socios estaban tan felizmente emparejados que no dejaban de intentar imponer su estado a todos los que les rodeaban. Lo que ellos no sabían era que el idilio no era para ella. Ignoró ese pensamiento.

—Soy feliz —mintió.

—No. Eres rica. Y poderosa. Pero no eres feliz.

—La felicidad está sobrevalorada —aseguró al tiempo que se encogía de hombros mientras él la hacía volar por el salón—. No vale la pena.

—Claro que vale la pena. —Bailaron en silencio durante un buen rato—. Ya ves, no estarías aquí si no fuera por la felicidad.

—No por la mía, por la de Caroline.

Su hija. Que crecía más cada segundo que pasaba. Había cumplido nueve años, pero luego serían diez... y muy pronto, veinte. Y ella era la razón de la que Georgiana estuviera allí. Miró a su descomunal pareja de baile, el hombre que la había salvado tantas veces como ella a él.

—Pensaba que podría evitárselo —confesó ella en voz baja—. Que todo sería más fácil para ella.

Lo había hecho durante años, en detrimento de ambas.

—Lo sé —convino él con un murmullo. Ella agradeció que el baile impidiera tener que mirarlo a los ojos con frecuencia. Sabía que no podría haberlo hecho.

—Traté de mantenerla a salvo —repitió. Pero una madre solo puede mantener a un niño seguro durante un tiempo—. Pero no fue suficiente. Necesitará más para deshacerse de toda la mierda.

Georgiana había hecho todo lo que pudo; envió a Caroline a vivir a casa de su hermano, intentando no mancillarla con las circunstancias que rodeaban su nacimiento.

Y había funcionado... hasta que dejó de hacerlo.

Hasta el mes anterior.

—No puedes estar refiriéndote a la caricatura —dijo él.

—Por supuesto que me refiero a la caricatura.